

en su ánimo esta preparacion, que el perdon que hace por amor de Dios se extendiera á cualquiera otra injuria, por mucho mayor que fuera, por el mismo Señor, ó á lo menos no tener la contraria. Pero con todo, se parece allí la gran misericordia y favor de Dios en que toda esta prontitud de ánimo viene de su mano, y en que todo lo que falta para igualar con todo rigor las injurias con las de Dios, por no ser tan propiamente infinitas como ellas, ó cuando sean infinitamente menores, considerándolas sin esos respectos dichos, suple Dios lo que falta en nuestra ofensa y alarga lo que sobra en la suya, para que de buena gana perdonemos á nuestro hermano por la que él tiene de salvar así al ofendido como al perdonado.

Esta es una tan grande misericordia, que, cuando los hombres no tuvieran injurias ó agravios que perdonar, los habian de desear y procurar; pues en buen romance, todo lo que en el infierno debe el pecador por sus pecados, le libra Dios en su voluntad, con la cual perdona dos niñerías á su hermano. Veamos esto en algun ejemplo claro: si algun rey ó príncipe poderoso, á quien los vasallos muchos dellos debiesen deudas en cantidad, deseando que todas las deudas se acabasen, mandase pregonar que todos los que perdonasen á sus deudores lo que les debiesen, por poco que fuese, que él por esta liberalidad les perdonaria sus deudas grandes; en este caso, ¿quién de los deudores del Rey no se tendria por infeliz y de peor suerte que los demás, si se hallase sin tener quien le debiese algo, y cuánto se holgaria de tenerle, y lo desearia, para poder, perdonándole la deuda, salir de la del Rey? Pues esta es la ley del Padre eterno, que, deseando hallar ocasion de perdonar nuestros pecados, ha dado este pregon del Evangelio: que el que perdonare, por poco que sea (pues todo es poco quanto agravio puede hacerse uno á otro en esta vida, comparado con lo que él nos ha de perdonar), nos perdonará todas nuestras deudas y ofensas. Pero somos tan ciegos y tan de poca consideracion, que al tiempo que habiamos de tener por felicidad el tener deudores, para ganar, perdonándolos, tan dichoso galardón, en lugar desto, cuando los tenemos, nos hinchamos tanto, que perdemos lo uno y lo otro. Y para advertirnos desta ceguedad, puso Cristo la parábola del que debia diez mil talentos, que no quiso perdonar, antes ahogaba al que le debia cien reales, habiéndole el Rey perdonado toda su deuda; para que se entienda la diferencia de nuestras ofensas á las de Dios, y cuán ciegos andamos en perder tan gran merced á trueque de perdonar al prójimo una niñería; que si la ley de los hijos que han de parecer á sus padres se hubiese de cumplir, como aquí se dice, aunque nuestras deudas fueran tan graves como las que á Dios debemos, debiamos de perdonarlas para parecerle, así en la cantidad y gravedad de las culpas perdonadas, como en la voluntad de perdonarlas, pues tan poco es lo que en esto se hace, y tanto el interes que se sigue.

## DISCURSO IV.

Del ejemplo de que perdonar injurias tenemos en el Redentor y en el santo rey David.

Porque no dijese del Señor algun blasfemo lo que él dijo de los fariseos, que cargaban sobre los hombros

flacos de los hombres cargas pesadas y incompportables, no queriendo ellos ni aun moverlas con el dedo, ninguna cosa nos dejó mandada ni aconsejada que él no la enseñase primero con la obra; y esta mayormente del perdonar, no solo en quanto Dios, como en el discurso pasado se trató, pero en quanto hombre; porque nadie pudiese dar por excusa del no imitarle su omnipotencia en comparacion de la flaqueza y pocas fuerzas de los hombres. Y por eso, no solo en la cruz en mitad de los tormentos y blasfemias que le decian, pero si bien discurremos por toda su vida, toda ella fué llena de ejemplos admirables desta virtud; de los cuales, aunque alguna parte está dicha á otros propósitos, en los discursos pasados, es tan grande la abundancia dellos, que siempre que se ofrezca ocasion de tratar dellos los habrá nuevos, aunque los haya dichos, nunca parece demasia el repetirlos. Y comenzando de la descortesía de los de Samaria, que tanto despertó la cólera á los discípulos, que pidieron licencia para bajar fuego del cielo para abrasarlos, les dijo: Callad, que no sabeis con quién andáis; no vino el Hijo del hombre á quemar hombres, sino á salvarlos. A Júdas sentó á su mesa, sabiendo que le dejaba vendido por un vil y bajo precio á sus enemigos; dióle de su plato un bocado con su mano, no le quiso descubrir en la mesa porque los apóstoles no le acabasen y por no quitarle la honra, y se deja besar de su boca descomulgada, y le dice: Amigo ¿á qué veniste? Que ni á él ni á nadie nunca quitó en presencia ni en ausencia el nombre de amistad, ni tomó jamás en la boca este nombre de enemigo. Cuando dice que sale el sol para todos, buenos y malos, no dice enemigos, sino malos; aunque el malo es enemigo de Dios, no le cabe en la boca este nombre. Y así, cuando alegó el salmo á la entrada de Jerusalem, donde dice: De la boca de los niños perfeccionaste la alabanza; callo lo que se sigue por tus enemigos. Al que entró en la boda sin vestido della, con ser enemigo y haberle luego de condenar, le dice: Amigo, ¿cómo entraste aquí con ese vestido? Y aunque los enemistados no suelen saber el nombre de sus enemigos, como á él no se le sabian los suyos cuando decian: Si perdonamos á este vendrán los romanos, etc.; y á Pilato: Si á este perdonas no serás amigo de César; quitanos á este de delante y perdona á Barabás; y en otros lugares; pero el Señor nunca olvida el nombre de los que le ofenden. Adán, ¿dónde estás? Que pudiera decir, ¿dónde está aquel traidor? A san Pablo le dice su nombre dos veces: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Yendo continuando el camino de la prision de los cristianos, que tanto le ofendia. Así á Júdas le dice por su nombre: Júdas, ¿con beso me vendes? Así trata con nombre de amigo y calla el de enemigo, y repite y se acuerda del propio á quien le vende y le ofende y le tiene vendido y ofendido. Cuando Heródes le envió á Pilato escarnecido y burlado, no abrió su boca. Cuando dijo que era luz del mundo, le dicen en sus santas barbas, mentís; y en retorno deste injuria les enseña de espacio. Cuando le dan la bofetada diciéndole: ¿Así respondes al Pontífice? En pago desta afrenta, hablándole mansamente, le hace juez de sus palabras. A Malco restituye la oreja, y firma la sentencia contra los que para siempre sacaren espada. Dejo las muchas

injurias que le dijeron y la paciencia con que las sufrió. Venidos á la cruz, donde llegaron á su punto los tormentos, ruega por los que con tanta rabia actualmente le quitaban la vida y la honra, perdónalos, excúsalos y ruega por ellos. Dejo el haber comido con los pecadores, y que resucitó con llagas, que son las puertas que Esaías dice que de día ni de noche no se cierran. Dejo que quiso nacer en una casa sin puertas, por no negársela á nadie, por enemigo que fuese, y por lo mismo murió en el campo. Para todos hay doce puertas en la ciudad soberana, á cuatro partes del mundo repartidas, y que se llama flor del campo, porque á ninguno se le vea llegar y cogerla. Pues esto es decirnos por la obra lo que en el discurso pasado nos decia de palabra: Hombres, yo soy hijo natural de Dios, y parézcoles en esta mansedumbre y paciencia con que perdono las injurias; si vosotros queréis ser sus hijos, y hermanos míos, parecedme en lo mesmo que yo, y lo seréis.

Pero no diga nadie que Dios por eso no puede darse al hombre por ejemplo, porque él no tiene naturaleza flaca como el hombre, ni tiene pasiones que vencer ni domar, y que así, no tiene dificultad en perdonar sus enemigos; ni Cristo las tenia rebeldes, sino sujetas y obedientes á lo que él queria, y ¿qué sabe si se ayudaba, ó cuándo, de la divina naturaleza con quien la humana estaba unida? Y así, se vuelve á lo mesmo que de Dios, en quanto Dios y de su omnipotencia deciamos. Pues por esta razon, sin meternos en deslindar ni responder á esa, nos dejó Dios ejemplos de hombres puros, siervos suyos, hombres como nosotros, flacos como nosotros, sujetos á pasiones como nosotros, para quitarnos tal género de excusacion; porque, allende desto, si ellos tuvieron gracia y favor del cielo, tambien le tenemos nosotros para hacer, no solo posible, sino fácil, cualquier cosa que ellos hicieron; que descomulgado, dice san Jerónimo, sea el que dijere que Dios manda á los hombres cosas imposibles, aunque sin su gracia lo sean á sus flacas fuerzas; antes son mas fáciles que las que los hombres mandan á sus vasallos y criados. Sea pues el primer ejemplo el rey David, que tanto es mas principal quanto es de la ley vieja, antes que viesse por los ojos y oyese por sus oídos lo que tanto deseó ver, como la vida del Redentor; demás que, aunque fuera después dél, fué su paciencia tanta, que podia parecer sin vergüenza delante de la que tuvieron los apóstoles, como san Juan Crisóstomo dice, que quién no se maravillará de ver un hombre entonces que haya pasado los límites deste precepto, esto es, hecho mas de lo que en él se manda, y llegado á la filosofía de los apóstoles? Del cual dijo Dios, y no sin causa, que habia hallado un hombre segun su corazon; pues, como en el discurso pasado queda dicho, ese es el corazon de Dios. El dice de sí mesmo que en las injurias se habia como si fuera sordo, y como mudo para responder á ellas. Y en otra parte dice que, cuando mas se sentia molestado y afligido de sus enemigos, se vestia de un cilicio. Pero hablando en particular, para ver que estas cosas no son solo encarecimiento, no hay mejor que leer con atencion, el que supiere, solamente lo que con el rey Saul le pasó; que, después de tenerle obligado en tan grave negocio como fué el sacarle de aquel trabajo del gigante

y los filisteos, en tiempo que el mesmo Rey estaba tan caido de corazon y todo el pueblo medroso y llorando, sin tener el santo David obligacion de meterse en ese peligro; antes, no solo obligado, sino desechado de sus hermanos, no solo para hacer la batalla, sino para mirarla, despreciado del mesmo Rey, aunque puesto en tan urgente necesidad, por faltarle cuerpo, edad y fuerzas y experiencia de la guerra, y haber salido tan dichosamente con la vitoria, y librado al Rey de tan gran conflicto y asegurándole en su reino, como si de nuevo se le diera de su mano. ¿Qué merecia este mancebo, sino letras por los cantones de padre de la patria, y que el mismo Rey se quitara la corona de su cabeza y la pusiera en la de David? Y con todo, no llegará á la satisfacion que por esta hazaña se le debia.

Veamos agora el agradecimiento. Lo primero que del rey Saul, después deste raro suceso, se dice, es que desde allí adelante Saul tuvo por sospechoso á David y se guardaba dél; y la causa desto era, porque las mujeres del pueblo salieron cantando que Saul mató á mil y David á diez mil; como si él hubiera hecho las coplas ó llevara el panderete ó guiara la danza de las mujeres; quanto mas que él habia de ser el agraviado, que habiéndolo hecho solo él todo, le daban parte á Saul, que no habia hecho nada. Aun y así, siendo Saul todavía rey, saliera David insolente ó atrevido ó protervo contra él, pero el primero que le honra y respetaba, el primero en las batallas, amado del pueblo, amado de su hija, que ya era su mujer, amado de Jonatás, su hijo, con el encarecimiento que la Escritura dice; pero ni estas cosas ablandaron aquel corazon inhumano y fiero, antes le trató por mil maneras la muerte; que estándole tañendo un instrumento con que descansaba de la vejacion del espíritu malo, le tiró una lanza para coserle con la pared, y esto no una vez sola; hasta que, por no hacerle culpado de la muerte de un inocente si le matase, puso tierra en medio David y se ausentó. ¿Qué paciencia puede ser mas encarecida? Mayormente que de quantos agravios recibia del Rey, no se lee que con él ni con su hijo ni criados hablase palabra de sinsabor; porque, como un santo dice, no lo hacia por interes que dél pretendiese, sino por el galardón que del cielo esperaba; pues cuando le hubo de casar con su hija, le pidió cien cabezas de filisteos, solo por ponerle en eso peligro. Y después que salió bien dél y casó con la hija, probó otra vez á atravesarle con la lanza, aunque no tuvo efeto el tiro. ¿Qué paciencia bastara para sufrir tanta ingratitud? Mayormente que la venganza de tantos agravios y desagradecimiento no la atajaba el temor. Pero ningun género de venganza le pasó á David por el pensamiento; antes de injuriado, se hacia médico, el oficio del cual es curar el enfermo, no teniendo cuenta si la enfermedad vino con culpa ó sin culpa. Y así, solo pretendia reducir al Rey á buen camino, olvidando su satisfacion.

Y porque nadie piense que no estaba su ánimo del todo sano, presumiendo, como podia presumirse, que era por no poder mas el dejar la venganza, atento al mucho poder de Saul y las pocas fuerzas de David, ordenó Dios que el Rey cayese á David en la red, de suerte que pudiese vengar su corazon muy á su salvo; y fué



que, estando David en una cueva con sus soldados, sucedió entrar en ella el Rey á cierta necesidad natural, y viendo los soldados ocasion tan nunca esperada, dijeron á David: Ves aquí el día de quien Dios te ha dicho que te habia de entregar á tu enemigo en tu poder, y que harás dél cuanto quisieres. El se contentó con cortarle un pedazo de la ropa sin que él lo sintiese; y aun apenas lo habia hecho, cuando le dió un vuelco el corazón, y volvióse á los suyos y dijoles: Nunca Dios tal permita, que yo cometa tal cosa contra quien es mi señor y ungido de Dios, que ponga yo mis manos en él, porque es ungido de Dios. Este es un paso digno de ponderacion para avergonzar á los que con cualesquier circunstancias que imaginan, tienen por dificultoso el perdonar al enemigo; porque tales dificultades, como aquí David venció, pocas veces se deben de haber visto juntas, si se miran los agravios dichos, y que actualmente andaba buscándole su enemigo para matarle, y que, salidos de allí, habia de durar en su enemigo esta voluntad y rabia, y la ocasion de la venganza con muerte tan fácil y sin peligro. Peleaba el santo mozo con su corazón, inclinado á venganza, por una parte, y con sus soldados por otra, que aunque por no ser descubiertos no le decian todo lo que sentian en el caso, pero ello se decia, que en su pecho tratarian estas razones: Aquí de Dios, que andemos desterrados por montes y desiertos, tragando cada día mil veces la muerte, lejos de nuestras casas, mujeres y hijos y de todo nuestro contento, sin comer todas veces, y las armas siempre á cuestras, y que tengamos tal ocasion cual nunca pudo esperarse ni pintarse; pudiendo acabar tus males y los nuestros con la vida de tu enemigo, ¿le quieres perdonar y guardarle, para que no se acabe nuestra miseria en toda la vida? Si no te duele tu inquietud y peligro, duelele del nuestro; y si olvidas los males ya pasados por su causa, teme siquiera los que para adelante quedan. Las cuales razones en el pecho del santo varon debian de levantar gran polvareda y guerra de pensamientos; porque en semejantes ocasiones suelen los soldados hacer de su rey ó capitán lo que él no quiere hacer del enemigo; ni fuera tanto de espantar si hallándose á solas con él le perdonaría, como teniendo allí consigo tantos que lo deseaban y procuraban acabar; porque aun acá suele acaecer que, estando el ánimo libre de pasion y olvidado de venganza, sacan á uno de sus casillas, amigos y parientes y otras personas con razones de la venganza, cuanto mas soldados, y tales, que habian andado en tantas calamidades y peligros de que deseaban reposar un poco; lo cual, y aun el fin de todas ellas, veian claramente que consistia en la muerte de aquel hombre que tan fácilmente podia morir á sus manos.

Pues las palabras dellos, aunque pocas, iban llenas de artificio, el cual no suele dar tanto la arte oratoria quanto el vehemente deseo de una cosa; de suerte que allí no merece nombre de artificio. Lo primero, conociendo los soldados la bondad y mansedumbre de David, y que no era hombre que se acordaba de injurias ni agravios ni los preciaba, aléganle la voluntad de Dios, que se le habia entregado en sus manos para que, respetando al juicio de Dios, fuese incitado á matar sin escrupulo á aquel hombre malo; como si le dijeran: No

haces tu negocio en esta muerte, sino el de Dios, á quien sirves y cuyo ministro eres, aprobando y ejecutando su sentencia. Pero el siervo de Dios, como los de agora lo han de hacer, bien entendia que por voluntad de Dios se le habia ofrecido aquella ocasion, no para que le matase, sino para que lo fuese de probar mas su virtud, y para que los soldados y nosotros los que oimos esta historia entendiesen y entendamos la que en David tenia Dios encerrada, y para darnos ejemplo que cuando Dios nos diere al enemigo en las manos ó otra ocasion de venganza, que allí es donde mas alegremente se ha de perdonar al enemigo; pues teniéndola tan grande David, así por ver á su enemigo solo y descuidado y sin defensa, como por verse así acompañado de muchos soldados, y el ánimo que ellos le ponian con sus razones, la memoria de los agravios pasados y el temor de los que le esperaban, y la poca culpa de la muerte de un enemigo, y en tiempo de guerra; y que cuando la ley claramente le comprendiera y condenara por homicida, él quedaba por rey y señor de las leyes y de la ejecucion dellas. Estas y otras razones hacian la ocasion aparejada; pero él, no solo tuvo entereza de ánimo y paciencia increíble, pero andando á buscar, y no hallando bien ninguno en la vida de su enemigo con que excusarle, echó mano de que era ungido del Señor, no contentándose con decir que era rey, por ser título de honra del mundo, sino la dignidad y autoridad del cielo, y que al fin Dios mismo le habia puesto en aquel lugar y estado, y á él y á ellos por sus vasallos; y no solo le llama rey, sino señor suyo, que es una de las circunstancias que mas espantan en este hecho; pues en tiempo de enemistad, como al principio deste discurso deciamos, tan lejos están los hombres de llamar su señor al enemigo, pero aun sus propios nombres no le saben, sino otros injuriosos. ¿Dónde está aquel loco, aquel traidor, aquel ladrón desbaratado, etc.? y otros semejantes. De lo cual no hay necesidad de salir de Saul para traer ejemplos; el cual, faltando David de unas fiestas, dijo: ¿Dónde está aquel hijo de Isai? Para deshonrarle por de bajo nacimiento, aunque se sabe que la verdadera honra no se ha de buscar en el padre ó madre, sino en la propia virtud. No lo hizo así David, aunque pudiera decir: No quiero matar á este hijo de Cis: tanta era la limpieza de odio y rencor que reinaba en su corazón.

No se acabara en muchos libros lo que aun en este mismo caso queda por decir; de lo demás á la buena consideracion del que su historia quisiere leer; pues que si comenzamos á decir lo que de su mal hijo Absalon padeció, lo que sufrió, lo que cuidó de su vida en la misma guerra que contra él traía, lo que lloró su muerte con palabras tan regaladas: Hijo mio Absalon, ¡oh quién me hiciera tanto bien, que pudiera yo morir porque vivieras tú! El excusó y perdonó á Semei, que le estaba baldonando y injuriando como á un ganapan, y rogó y estorbó que no le matasen. A Saul, fuera de lo dicho, hizo muy buenas obras; otra vez le pudo matar, y le llevó el vaso y la lanza de la cabecera, riñendo á las guardas porque se habian descuidado; mató á Amalequita porque le trujo las nuevas de su muerte con tanto contento, porque ni él le tenia della ni queria que nadie le tuviese; lloró muchos días su muerte, agra-

decido á los que le enterraron, buscó después á alguien de su linaje si habia quedado, no para matarle, sino para hacer con él la misericordia de Dios, como él dijo, la cual es hacer bien, no por fuerza, temor ó dádivas, sino como Dios suele hacer las misericordias grandes aun á los que le ofenden y á sus casas, hijos y decendientes.

Sobre todo esto que aquí decimos, este santo Rey se cedia una muy grande maldicion en un salmo que hizo, pidiendo á Dios favor y ayuda contra sus perseguidores, especialmente su hijo Absalon, diciendo: Plega á Dios que si yo hice semejante pecado contra mi padre como mi hijo hizo contra mí, ni otro pecado que sea menor que aquel contra nadie, tal y tal me venga, sin nombrarle á él ni al pecado, por no irritar á Dios para que le castigase; y si yo volví mal por mal á quien me le hacia, plega á vos, Señor, que yo caiga y muera á manos de mis enemigos (que es morir con mas disgusto y deshonradamente), y que mi gloria y honra por manos de los mismos ande por el suelo. Sobre lo cual dice el bienaventurado san Juan Crisóstomo en aquel lugar del salmo: ¿Qué mal mal hombre y mas perdido y facineroso puede ser que Absalon, pues perseguia á su padre, y tal padre, tan manso, tan suave, siendo él deshonesto, desvergonzado, deshonorador y atrevido! Pues ¿qué! ¿dióle mal por mal? Dime, ¿acordóse de tantas injurias pasadas? No por cierto. Pues si con atencion examinares la historia de Saul, hallarás mas illustre y clara esta verdad; porque teniéndole, después de innumerables beneficios, vencimientos y trofeos, por enemigo, injuriador y acechador, para echarle cada día del mundo; teniéndole, digó (una, dos y tres y muchas veces durmiendo y como encerrado en una cárcel, sin guarda ni compañía), en las manos, y importunado de muchos de los suyos que le matase, le perdonó, venció su ira, sabiendo por certísimo que, perdonándole y dejándole ir salvo y sin daño, dejaba ir un enemigo bravo y poderoso y sin esperanza de reconciliacion. Pero, no obstante esto, ni la memoria de lo pasado ni el temor de lo venidero ni cosa semejante le pudo incitar á que le matase, sino aprovechóse de la sabiduría; detuvo la mano, refrenó la ira, y quiso mas quedarse en el peligro, ser siempre acechado, vivir con sobresalto y perder la tierra y la libertad, que matar y sacar del mundo á un enemigo que, después de muchos beneficios recibidos, sin culpa le perseguia y le buscaba la muerte. Hasta aquí son palabras de san Juan Crisóstomo. Este pues es ejemplo singularísimo y muy parecido con el que Jesucristo nos dejó; y no por eso deja de ser á propósito, porque haya sido de la vieja ley, antes es confusion de los que vivimos en la nueva, enseñados y provocados con él y con el que el mismo Señor nos dejó, y sus santos apóstoles y mártires, que le imitaron.

## DISCURSO V.

De otra razon del perdonar injurias y agravios, que es ser Dios el principal autor deste trabajo.

Esta consideracion ha sido para muchos de grandísima fuerza para no volverse contra el que le hace mal, entender que es Dios el que principalmente le hace, tomando al que nos parece enemigo por instrumento; porque, como por un profeta nos tiene avisado, no hay

mal en la ciudad que no haya hecho el Señor; y en otros muchos lugares de la Escritura, que no es poca dignidad del hombre, que, como le hizo Dios señor de todas las cosas, ninguna dellas le puede ofender sin licencia del Señor, dél y dellas, que es el mismo Dios. Así que, si no viniese la injuria ó trabajo derivada primeramente de su mano, no podria venir de otra ninguna. De aquí es que Job ni se quejó del fuego, que quemó sus ganados; ni del viento, que derribó las casas y mató á sus hijos; ni aun del demonio, que urdió todo lo aquel mal; todo lo atribuyó á Dios, diciendo que el Señor se lo habia dado y quitado, que por eso fuese su nombre bendito; y á su mujer dijo que si de buena gana recibia bienes de mano del Señor, ¿por qué no recibiria de la misma males tambien de buena gana? De donde parece que, así en los males como en los bienes, reconocia la mano del Señor; porque, así como cuando uno tiene de la mano un lebrell atado, si le suelta y hace algun mal, no echan el daño al lebrell, sino al que le tenia atado y le soltó, así se atribuyen los males á Dios, aunque el demonio los procure y los haga, por ser él el que con su poder le tiene atado y á las demás criaturas, para que sin licencia suya no se desmanden á hacer mal á los hombres. Todo el mal procede de que, aunque el hombre entienda esta verdad, y en otros trabajos que de las criaturas insensibles vienen la tenga por muy llana, pero cuando de otro hombre recibe alguna injuria ó agravio, le parece que aquello nació de propia malicia del hombre, por ser capaz della, olvidado de la parte que á Dios le cabe, como principal autor, por no saber distinguir las causas, habiendo muchas de un mismo acaecimiento.

Así como dicen los teólogos de la adoracion latria, que es la que á solo Dios se debe, por ser nuestro Dios y criador, y á su santa imagen por su respecto, y á su cruz y á las cosas que á su santo cuerpo tocaron, como espinas, clavos y lanza y vestidos, que aquel contacto causa esta razon, que es Dios en ellas, y así se adora Dios en ellas con la misma adoracion; pero con haber cosas que tocaron mas cerca y mas veces al Señor que no estas, como fueron las manos y rostro de su santa Madre, no por eso se adoran estas con esta suprema adoracion; porque, como sean por sí capaces de alguna, y no desta, no venga el ignorante á darle esta adoracion por lo que ella es, que seria un intolerable error, porque á la Madre de Dios dásele la adoracion que llaman hiperdulia, que es la que después de Dios se da mayor á alguna criatura racional por alguna excelentísima dignidad. Pues en semejante yerro que este cae á que toda la ofensa que otro hombre le hace atribuye á solo el ofensor, y hácelo que, como él es capaz de entendimiento y voluntad, de donde puede salir aquella obra, no se acuerda del que principalmente la causa, que es Dios, aunque sin culpa ni malicia ni agravio; que ninguna destas puede caber en él. La comparacion corre en algo, aunque no en todo, pues la adoracion latria de ninguna manera en todo y en parte puede convenir á la criatura, sino á solo Dios, pero de la injuria mucha parte y toda la malicia es del hombre que la hace; solo corre en el engaño que el que la padece suele tener, nacido de la inconsideracion de que de la malicia



del ofensor y de ninguna otra parte tuvo origen aquella ofensa, movido porque es capaz de haberla inventado. Claro está, cuando una teja cae de un tejado y descalabra al que acaso pasa, que ni el herido echa la culpa á la teja ni se queja della, y menos del viento que la derribó; solo da por autor á Dios y á sus pecados, como merecedores de aquella pena; lo mismo cuando su viña se apedrea ó la casa se cae, porque no son capaces estas cosas de haber inventado ni trazado aquel trabajo, sino solo instrumentos de Dios, que lo ordenó. Pero en una traicion ó injuria se queja el hombre del que se la hizo, no advirtiendo que, aunque el ofensor tenga solo la culpa della, y á él se debe imputar lo que es pecado y malicia; pero de lo demás, que es pena y trabajo, sin que pueda llamarse pecado, injuria, culpa ni malicia, el principal autor es Dios, el cual, en cuanto Dios no puede pecar, por ser su voluntad la regla de todo obrar, y como Señor á nadie puede injuriar ni hacer agravio, antes puede en todos los bienes del hombre, así de naturaleza como de fortuna, como único y verdadero Señor, quitar y poner y cortar por donde él quisiere. Si esta fuese en las injurias y trabajos nuestra consideracion, ni ellas serian tan penosas ni los autores tan perseguidos y aborrecidos, mayormente que, como Dios envía este trabajo para advertir al descuidado, ejercitar al bueno y castigar al malo para el bien de su alma, quejase cuando, en lugar de conocer su mano y enmendarse de sus pecados, se vuelven á vengarse de sus instrumentos, y esta queja da por Esaías: Hales enviado á los asirios de la parte de oriente y á los filisteos de la del poniente para destruir su pueblo, y el pueblo nunca quiso volver los ojos al que les hace la guerra. Y declarando quién es, añade: Y no buscaron al Señor de los ejércitos.

No les faltó á los antiguos esta consideración. Job padeció agravios de hombres, que fueron los sabeos, que vinieron con dos escuadrones y llevaron su ganado y le mataron los pastores y gañanes, y no se quejó dellos. El real profeta David, cuando en mitad de tanto trabajo le maldecía Semei, diciéndole tantas injurias, que, no lo pudiendo sufrir Abisai, pidió licencia á David para matarle, respondió: Déjale maldiga, que Dios se lo manda. Y en el salmo donde trata desto dice: Yo no hablé mas que un mudo, por saber que tú, Señor, lo hiciste. Pero el que mas y mas claros ejemplos nos dejó desto fué el que todo se empleó en avisarnos y enseñarnos, que es el Salvador. Lo primero, cuando restituye la oreja á Malco, dice á san Pedro: Vuelve la espada, Pedro, á su vaina; veamos el cáliz de amargura que mi Padre me ha dado; ¿no quieres que le beba? Pues si la pasion del Señor inocente, y tan culpable de parte de los enemigos que la ejecutaban, dice Cristo que es dada de la mano de Dios, ¿qué será la tuya, siendo tú pecador, á quien es justo que castigue Dios, y á él le incumbe el castigar los pecados? Después, diciéndole Pilato: ¿Por qué no me hablas? ¿No sabes que está en mi mano crucificar te ó soltarte? Responde el Señor: Ese poder no le tuvieras si de arriba no te fuera dado; Dios quiere en mí pagarse y tomar venganza de los pecados de los hombres, y él es el principal que suelta los presos ó los lleva á la muerte. Pero mas claro lo dijo en la cruz, cuando

en medio de tantos tormentos y de la rabia de los atormentadores no se queja dellos ni les echa culpa, sino quejase á su Padre: Dios, Dios mio, ¿por qué me habeis desamparado y dejado en manos desta gente? Y luego, al salir desta vida: En tus manos, Señor, que son las que castigan y remedian, encomiendo mi espíritu.

Pero dirá algun agraviado ó injuriado: Señor, á mí me da pena su mala intencion de Fulano, que ya vea que si Dios no quisiese no bastaria á injuriarme nadie. A esto se responde que es grande yerro mirar á su intencion, supuesto que este trabajo vino de la mano de Dios, como los demás que no vienen por causas que la puedan tener maliciosa. Porque, cuando un cirujano da un cauterio de fuego á un herido, claro está que la intencion del fuego es abrasar al paciente, no solo la parte que el cirujano cauteriza, sino todo el cuerpo del herido si le dejasen ó le diesen mas lugar ó licencia, y aun su casa y su hacienda toda; pero no por eso queda el enfermo enojado con él, porque sola la mano del cirujano es la que, aplicando aquel instrumento, causa el dolor, y en ella está que abrase mucho ó poco, y con sola esta consideracion tiene el enfermo paciencia; y cuando tiene ocasion de perderla por haber sido la combustion demasiada, no lo ha con el fuego, sino con quien lo aplicó entiendo que lo ha de haber; así, cuando la intencion del agraviador es mala, Dios sabe cuánto aplica della para aquel trabajo, en cuyo saber ni bondad no puede el hombre poner dolencia cuanto toca á temprar el dolor que es menester, que por eso dice la Escritura que envía las lágrimas y trabajos por medida, y los trabajos se llaman cáliz; y como de la causa segunda ó instrumento no haya que quejarse, no queda sino perdonarle y dar gracias al que usa dél para nuestro bien. ¿No vemos los que mueren á manos de la justicia como al apretar el cordel ó quitar la escalera pide el verdugo perdon al justiciado, y él se le da de buena gana, aunque á autor del mayor mal de los males del cuerpo, que es la muerte, porque considera y conoce que solo es instrumento de la justicia? Y aun contra el alcalde que lo sentencia no se indigna cuando considera que lo es tambien de Dios y de sus leyes; todo lo allana con la consideracion que sus delitos lo merecieron, y en esto tiene puestos los ojos; y cuando no, entiende que los ministros de la justicia hacen lo que deben, segun lo alegado y probado, y no se queja dellos. Haz tú así cuando á alguien te injuriare ó agraviare; pon los ojos en tus pecados, por los cuales mereciste, no una bofetada que te dieron ó un agravio pequeño que te hicieron, sino el mismo infierno. Y así, satisfecho de la justicia, bondad y buena intencion del Señor, que te castiga, fácilmente perdonarás al instrumento y verdugo de su justicia que te injurió, que no es mas que verdugo della; lo cual expresamente dice Dios por un profeta, que, por ser lo que dice cerca desto doctrina provechosa, la quiero tratar mas de espacio.

Todas las veces que algun hombre hace alguna hazaña que en los ojos de los hombres merezca gloria, Dios es la causa principal que la hace, aunque los hombres, mediante quien se hace, sean ó malos ó buenos. Lo cual se colige claro del libro de Josué cuando Dios le pro-

mete que le favorecerá y vencerá sus enemigos y será en su ayuda, como lo fué de Moisés, aunque sea verdad que ellos con su favor y ayuda hicieron algo. De la mesma manera habla del rey Ciro por Esaías con tantos favores hasta ponerle sus nombres, por ser el instrumento con que queria librar su pueblo de la cautividad. Pero hay diferencia, que los buenos, aunque ellos ponen algo de su casa, pero todo lo atribuyen á Dios, porque conocen su brazo en las hazañas, que así lo tenia mandado en el *Deuteronomio*. Los malos, apartando los ojos de lo que Dios hace, se lo atribuyen á sí todo con arrogancia y soberbia, como parece por Esaías, donde tomó Dios por azote á Senaquerib, rey de Siria, que allí llama Asur, para castigar á su pueblo; y él ensoberbecióse y dijo que él tenia en su casa príncipes que igualaban con reyes, y que él habia destruido muchos reinos, que tenían mas dioses que el pueblo de Israel, y que él destruiria á Jerusalem como á un nido de pájaros, que sin fuerza ni dificultad se destruye. Y así, pasó con esta soberbia la raya de lo que Dios le encargaba, pretendiendo Dios no mas de castigarlos y reducirlos, pero él acabarlos y destruirlos. Y por lo uno y lo otro le reprehende Dios allí por el Profeta, y le amenaza que, acabado el castigo del pueblo que Dios pretende, no solo no conseguirá él su pretension, antes quedará él destruido, muerto y deshonorado por la mala intencion con que tomó á cargo aquella guerra.

De aquí se sacan muchas verdades; y dejadas las que no hacen tanto á nuestro propósito, la principal es, que algunas veces toma Dios reyes, aunque sean malos, por instrumentos para castigar á reyes y reinos. Y así mismo hace instrumentos de hombres particulares para castigar á otros; y esto ni perjudica al libre albedrío del malo, necesitándole á ser dañino ni injuriador de su prójimo, ni Dios le mueve á que le haga mal; solo con su infinito poder y sabiduría encamina aquella mala intencion del malo á que sea castigo y azote del bueno ó del malo para enseñarle ó reducirle. Así lo dice Hugo de san Víctor, que la mala voluntad, ora sea del pecador, ora del demonio, no es de Dios que sea mala, sino que sea ordenada á buen fin; lo cual hace Dios tan secretamente, que la mesma voluntad no alcanza, que Dios la encamina al bien, que por sola su libertad se gobierna, porque siente ser movida libremente; pero al fin el malo que así es instrumento, ha de ser por la mano de Dios castigado. Esta verdad confirma el mesmo Profeta con tres comparaciones, de la de segur, sierra y azote, con que reprehende al Senaquerib porque se engreía atribuyendo á su poder y fuerzas aquellas vitorias, siendo hechas y alcanzadas con el de Dios. Lo que á nuestro propósito hace es, el ser estos malos instrumentos de Dios para castigarnos; lo cual parece aun mas claro en la tercera comparacion, donde dice: Como si se levantase ó engreiese el azote ó vara contra el que usa dél, ó el palo contra el que con él castiga (porque alude al nombre que al principio le puso, Asur, azote de mis enojos); pero el azotar y el gloriarse al cabo lo pagará en habiendo Dios hecho su hecho, como hace el padre, que la vara con que azota al hijo la suele quemar después de acabado el castigo.

De aquí nace que el indignarte y pensar tomar ven-

ganza del que te ha injuriado no es otra cosa que volte contra el azote, lo cual no ha de ser sino besándole, como suelen hacer los niños bien dotrinados. Así quiere Dios que ames, acaricies y hagas bien al que él tomó por azote, no como el perro, que muerde la piedra, y el ciervo la saeta, como quien dice que mejor se volviera contra el que la tiró. Así tú, cuando semejantes trabajos te vinieren, si miras á tus pecados y conoces que ellos fueron la causa, contra ellos te volverás, y esto es cosa loable y provechosa; pero volte contra el que te injurió no es otra cosa sino morder la piedra ó saeta, dando á entender que de mejor gana y con mas enojo te volvieras á quien la tiró; y como este no sea ni pueda ser otro que Dios, puedes hacer cuenta que contra Dios te volviste, y que, no perdonando la injuria, pregonas guerra contra Dios, y contra su mano deseas y procuras la venganza. El consejo santo es callar, como con esta consideracion hizo David cuando, tratando del caso de Semei, dijo: «Callé y no desplegué mi boca, porque tú, Señor, lo heciste.

## DISCURSO VI.

De otra razon para perdonar y olvidar las injurias y su venganza, que es porque Dios la toma á su cargo.

Tres cosas se halla haber reservado Dios para sí solo, sin querer dar á nadie parte dellas. La primera la creacion de las cosas, en que de nadie quiso compañía, como él lo dice por Malaquías: Decidme, vuestro padre ¿no es uno solo? No es por ventura uno solo el que nos crió? Y lo mesmo dice san Pablo: Dios solo es el que todo lo crió. Lo segundo que para sí reservó fué la honra y gloria, que es la suprema adoracion, que llaman los teólogos latria; y así, decia por Esaías: Lo que es mi gloria, á ninguno otro la daré. Y el Apóstol dice: A solo Dios se dé la honra y la gloria. Y el Salmista: La gloria, Señor, no se dé á nosotros; dala tú, Señor, á tu santo nombre. Por lo cual envió á Nabucodonosor tan gran castigo, tornándole bestia que paciese por el campo, porque debajo de aquella estatua que levantó quiso ser adorado como Dios, y el Señor arrojó de sí á Satanás en el monte, porque por una señal desta adoracion le ofrecia todo el mundo y su mando y gloria. San Agustín dice que los romanos en ganando la provincia luego hacian templo al dios ó dioses de aquella tierra para tenerle propicio, y cuando ganaron á Judea no le hicieron al verdadero Dios de Israel, ni le quisieron hacer esta honra, y la causa fué porque los demás consentian otros dioses y él no los consiente, sino quiere solo ser honrado y adorado. La tercera cosa que para sí solo reservó fué la venganza de las injurias y agravios que de los hombres padecemos, como él dijo en el libro del *Deuteronomio*: Mia es la venganza, y yo la tomaré á sus tiempos de todas las cosas. La cual sentencia dijo tambien por otras palabras el Apóstol: A mí pertenece y á mi cargo está la venganza; las cuales dice junto con otras, dignas que aquí se declaren y lean con atencion. No volvais, hermanos (dice), á nadie mal por mal, si fuere posible; antes todo lo que en vosotros fuere tened paz con todos los hombres; no os defendais, amigos, sino dad lugar á la ira, porque escrito está: A mi cargo está la venganza, y yo la tomaré, di-



ce el Señor; palabras son tan dulces y tan á propósito de la materia de que vamos tratando, que en ninguna parte della cuadran mejor; y así, será bien declararlas brevemente. No deis, hermanos, á nadie mal por mal; cuando algun mal recibieredes procurad devolver bien por ese mal, que esta es gran perfeccion y verdadera imitacion de Cristo. Cuando no pudiéredes hacer bien, á lo menos no volvais por entonces otro mal. Tres leyes hallamos usadas en el mundo. La una es del mismo mundo, que es amigo de amigos y enemigo de enemigos, volver bien por bien y mal por mal; esta alcanzaron y guardaban los gentiles, como el Señor dice en el Evangelio. La segunda es del demonio, que es volver mal por bien, la cual usó el traidor de Júdas vendiendo al Señor, en pago de tanto bien como habia recibido de su mano. La tercera es de Cristo, que es hacer bien á todos y á los que nos hacen mal. El ejemplo de todas estas tres leyes está claro en la guerra y muerte de Absalon, cuando murió colgado de los cabellos y atravesado con la lanza de Joab, el cual se pareció ser hijo de Adan y guardar las leyes del mundo en que, aunque David habia mandado que no tocasen á su hijo ni le hiciesen mal, le mató Joab por su interés; y así lo hacen los mundanos, que, aunque nuestro padre Cristo dejó mandado que nadie hiciese mal á sus hijos, los interesados los matan, sin perdonar á ninguno. Los hijos del demonio que guardan su ley son figurados en Absalon, que á su padre, en pago de muchos beneficios que le habia hecho, le persiguió y deshonró, tomándole sus mujeres por amigas y su reino. Un soldado que por allí pasó, que, por ser hijo del Rey y haber su padre mandado que no le matasen, sino que le guardasen vivo, no le quiso hacer mal viéndole colgado y vivo, aunque era malo y enemigo de su padre, á quien él servia; es figura de los hijos de Dios que guardaban la ley de Jesucristo, la cual es que se haga bien al malo y al que lo es para tí, y cuando menos no hacerle mal.

Esto es lo que aquí dice san Pablo, que á ninguno demos mal por mal cuanto fuere de nuestra parte; lo cual dice por los perlados y justicias y por los que defendiéndose legitima y limpiamente hacen algun daño, y por los que ofrecen al contrario paz y amor, aunque no se lo reciban, como lo hacia David, que con los que aborrecían y rehusaban la paz la tenia él, de manera que la paz y la guerra estaba en sus manos del contrario; porque, como dice el bienaventurado san Juan Crisóstomo, no manda Cristo que nadie te quiera mal, sino que no des ocasion para ello, y que tú no quieras á nadie mal; que lo demás no está en tu mano. Como el mismo Cristo aborrecido fué, pero sin causa, como él mismo dice: Aborreciéronme sin razon; y el mismo David lo dijo de sí y de Cristo. Pues eso mismo dice el Apóstol en el lugar que agora tratamos. Dice adelante el mismo Apóstol: No os defendais, amigos. No quiere decir que si os vinieren á quitar la vida ó hacienda ó la honra no sea lícito defenderos, porque la defensa inculpada en ley divina y natural es lícita y de todas las leyes humanas amparada y favorecida cuando consta que el mal que por ella se hace fué para defensa; solo quiere decir que no os vengueis. Que eso quiere decir el vocablo griego que allí está; y aun en la escritura del

testamento viejo se usa el vocablo de defender en esta significacion, como parece en el libro de *Judit*, donde dice que Nabucodonosor, rey poderosísimo, juró que habia de defenderse de todas las regiones, y á eso envió tan grande ejército sobre Betulia. Claro está de la historia que ninguna gente le hacia mal de que defenderse, ni las regiones léjos le pensaban ni podian hacer guerra, ni el general Holofernes ni su ejército se enviaba á defender ciudades suyas, sino á ganar las ajenas. Sino que vencido por su ejército Arfaxat, rey poderoso, y despojado de sus reinos, cobró Nabucodonosor con esta vitoria tanta cerviz y soberbia, que pretendió con ella sojuzgar á todo el mundo, y para eso envió á todas partes sus embajadores á pedir de todos sujecion y vasallaje; y porque no se le volvió la respuesta que él pensó y deseaba, hizo con rabia aquel juramento de defenderse de todas las regiones, esto es, de vengarse dellas por esta mala respuesta; y la Iglesia, en el oficio de los santos inocentes, en persona de los mártires que piden venganza, dice en un responso: Señor, ¿por qué no defiendes nuestra sangre? Y en otro: ¿por qué no vengas nuestra sangre? Pues desta manera de hablar usa el Apóstol cuando dice: No os defendais, amigos, esto es, no os vengueis, porque la defensa á nadie se defiende, antes las armas de la Iglesia y de sus hijos son solo defensivas, sin haber ofensivas sino para este fin. Esta es la torre del manso David, con sus torrejonnes, de la cual están colgados mil escudos y paveses, que son todas las armas de los valientes, esto es, de los cristianos, cuya fortaleza está en solo sufrir y defenderse, sin que haya pensamiento de ofender á nadie.

Añade san Pablo: Lo que habeis de hacer, amigos, es dar lugar á la ira; esto se entiende de dos maneras. La primera, abrid la puerta á la ira para que salga de vuestra alma tan mal huésped. Esta se abre por buenas consideraciones, cuales en este libro se encierran, las cuales se reducen á dos fuentes, prudencia y obediencia; por la primera el gentil, y por la segunda el cristiano (porque Dios se lo manda), abren la puerta y dan lugar á la ira, como dice el refran, que al enemigo la puente de plata; así se ha de dar puerta y camino á la ira, pestilencial enemigo, aunque sea costosa. Y así para nuestro ejemplo se dice Dios tener anchas narices, que son la puerta de la ira, porque es sapientísimo, y el hombre, como es loco, la detiene para su mal; pues, como dice el Sabio, si muy pesada es una peña, y la arena es grande carga, mas pesada que ambas es la ira del loco, esto es, del que lo es tanto, que no la deja salir. El segundo sentido es: dad lugar á la ira, esto es, á la justicia, que eso quiere decir ira algunas veces cerca del mismo Apóstol, cuando en otra parte dice que seamos sujetos á los ministros, no solo por la ira, que es la justicia, que por fuerza acabará lo que quisiere, sino tambien por la conciencia. Pues dice: Dad lugar á la justicia, esto es, á Dios, que es el que tiene la jurisdiccion. Como si viniendo un alcalde á su juzgado ó audiencia hallase sentado allí á otro en su silla, le dirán los ministros: Amigo, dad lugar á la justicia, esto es, al alcalde, á quien incumbe hacerla en este lugar. Así dice al injuriado san Pablo: Amigo, dad lugar á Dios, que es á quien incumbe tomar esta venganza, mayormente

siendo causa propia; que está vedado ser en el juez, y le recusan todas las leyes. Y da la razon san Pablo desta sentencia, diciendo: Porque escrito está. A mi cargo está la venganza, y yo la tomaré á su tiempo del que se hobiere de tomar; que es lo que confirma la doctrina deste discurso.

La razon por que reservó Dios para sí la venganza y el castigo de nuestras injurias, es porque solo él la sabe tomar con prudencia y justicia, y tantearla sin pasion; pero el hombre, mayormente el que la tiene, no tiene raya ni término en su venganza, ni se contenta con lo que basta, aun para quedar bastante vengado su apasionado corazon, sino con cuanto puede pasar mas adelante. Bien le bastaba á Saul, para lo que él pretendia, pasar á David con la lanza y quitalle así la vida para descanso de su corazon; pero no pensaba sino en cosello con la pared; y la Escritura nos descubrió este su dañado pensamiento, cuando decia Saul dentro de sí: Pasaré á David con mi tiro y clavaré la lanza en la pared. Bien saliera aquel malaventurado de Aman con la intencion de su envidia y locura con quitar del mundo á su enemigo Mardoqueo y su principal agravador; pero no sosegó hasta que con gran trabajo y dificultad procuró de acaballe á él y á toda su gente; porque la ira del apasionado no para hasta destruílo todo. Lo cual dió á entender el profeta Esaías, hablando del furor de los enemigos del pueblo de Dios, diciendo dellos: Con toda su boca, esto es, á dos carrillos, comerán á Israel. En lo cual solemos denotar la grande hambre que uno tiene cuando come á boca llena y á dos carrillos. Tal es la que tiene de la sangre de su enemigo un hombre apasionado, lo cual les nace á los hombres de haber perdido con la pasion el tiento y el peso del cuánto ha de ser el castigo ó la venganza, antes nunca se tienen por vengados si no doblan el mal que recibieron; por lo cual las leyes no fian del agravado el juicio, antes es en todas ellas recusado, porque la pasion no le deja hacer justicia; de lo cual hay título: *Ne quis in sua causa jus sibi dicat, lege unica*; Y júzgalo la ley por cosa inicua: *Iniquum admodum est*, etc. Así dicen ellos que lo aprenden en el libro del duelo, que no tendrá pocos el que por allí se guiare; y así lo ejecuta el mundo, sin faltar una tilde. Los niños lo saben de coro, y en sus niñerías lo van poniendo en plática. A bellaco mentís, á mentís bofetón, á bofetón palos, á palos muerte; y esto sin juicio, sin sazón, sin razon, sin medida, sin constar de la culpa, sin cuenta con el alma del muerto; antes ha llegado tanto á veces la pasion, que han en venganza procurado enviar al infierno el alma y el cuerpo á la sepultura, con ardidés aprendidos del mismo demonio, que no tiene él licencia para ejercitallos, y halla quien le saque deste cuidado entre los hombres y obligados por ley del mundo. Este es el enojo que castigó Dios en Senaquerib, en el capítulo 40 de Esaías, como deciamos en el discurso pasado, que Dios le amenazaba. Esta es la queja del mismo Dios por Zacarías: Grande enojo me da con estos hombres, que yo me enojo poco y en pocas cosas y temporales, y ellos me ayudaron á la venganza, sin orden, con ira, con rancor, haciendo mas mal del que yo hiciera. Pero Dios con mas sabiduria, con mas prudencia y mas

tanteo hace sus castigos y venganzas, y así las reserva para sí; por lo cual es en la sagrada Escritura comparada su fortaleza y poder á la del rinoceronte, el cual tiene los ojos encima del cuerno, con que ve á quien hiere con él, cómo y á qué tiempo, y dónde y cuánto. Los hombres son como toros, que tienen los ojos debajo de los cuernos, y esos cerrados; porque sin juicio ni discrecion hacen la herida de su venganza, ciega y apasionadamente, pero Dios con gran tiento; y así como un gran maestro de pintura ó talla, aunque algunas cosas, como el ropaje, encomienda al oficial, pero lo que tiene necesidad de medida y tanteo reserva para sí, diciendo que no llegue nadie á ello. Así Dios en los castigos de los agraviadores no quiere que otro ponga la mano, reservándolos para sí, que sabe el tanto y cuánto, y la ocasion y la sazón, conforme al fin de los castigos.

Diráme alguno: Eso es lo que á mí me indigna y me hace perder la paciencia, que bien le remitiera yo á Dios mi venganza y saliera de ese cuidado y peligro; pero Dios no se enoja cuanto es menester, sino poco, como él dice, y tarde, cuando ya el mundo no tiene memoria de mis daños y deshonra, ni cae en que aquel castigo viene por esa razon; parece que nos quiere solamente asegurar con encargarse de la venganza, solo á fin de que se nos pase el enojo, como suele hacer el padre para sosegar su hijo niño; pero no veo que hace nada, y si lo hace, es á tiempo que mi corazon no queda satisfecho. A esto, lo primero respondo que no es esta razon de cristiano y hijo de las entrañas de Jesucristo, que nos dice que antes roguemos á Dios por el ofendedor; de lo cual se colige cuán cierto y cuán riguroso es el castigo, pues es necesario que ruegue por el injuriador el injuriado; como Dios á los amigos de Job (porque con sus razones le habian fatigado, queriéndole persuadir con ellas que era pecador) les dice que vayan al mismo Job que ruegue por ellos, que desta manera se quiere desenojar, que es como un bajarse la parte de la queja. El santo Job lo hizo de voluntad, y Dios los perdonó. Que si aquellas entrañas del hijo de Dios se nos imprimieran en las nuestras, no habiamos de pensar en cómo ni cuánto habian nuestros enemigos de ser de Dios castigados, sino antes congojarnos hasta verlos dél perdonados. Pero sin esto, cuando quisieres saber que Dios no te engaña en decir que él tomará á su tiempo la venganza de que se encarga, entiendo que nunca se le olvida á Dios la injuria del menor de sus hijos, ni aun el desprecio de los mas pobres; porque los ángeles, que están siempre mirando á Dios y los tienen á ellos á cargo, le tienen de acordárselo á Dios cuando él se olvidara, y de pedille justicia; pero sabe Dios el cómo y el cuándo la ha de hacer. Y como á tí no te costaron nada, ni los criaste ni moriste por ellos, luego los querrias ver acabados y echados del mundo. Esta fué la queja de Jonás cuando no queria Dios cumplir la palabra que él habia predicado, destruyendo los de Nínive y su ciudad; y estando él con su cólera, le crió Dios una yedra que le defendiese del sol, y cuando mediante un gusano se la secó, le convenció con esta razon: Pues ¿cómo enojaste tú por una yedra que es de poco valor y no la criaste tú, y quieres que acabe yo una ciudad tan grande, donde hay tantos mi-